

103. La roca indestructible

Hacia finales del siglo diecinueve se desató en Alemania contra la Iglesia aquella persecución llamada con esa palabra tan rara para nosotros, el Kulturkampf. Se trataba de cortar las actividades de la Iglesia, de dejarla fuera de ley en muchos casos, de sujetarla al poder político..., una persecución inteligente, no bruta a base de armas y destrucción.

Había que dejar a la Iglesia que se acabara por sí misma...

¿Qué hicieron los católicos alemanes ante esta táctica del perseguidor?...

Pues, lo de siempre: resistir, perdonar, rezar, e ingeniarse también para que no triunfaran los enemigos de la Iglesia. Y tuvieron entre otras cosas la ocurrencia de repartir por las casas un cuadro curioso.

La Iglesia estaba figurada en una roca alta, fuerte, que sobresalía sobre las olas del mar, muy cerca de la playa. La habían rodeado con sogas muy gruesas y hasta con las maromas que se arrastran los barcos, y desde la orilla muchos hombres forzudos y bien apoyados tiraban con todas sus fuerzas para derribar la roca. Sudaban, se mataban, pero no se querían rendir:

- *¡No hay manera de tumbar esta roca! ¡Venga, intentemos de nuevo!...*

Contemplando tales esfuerzos, allí estaba el diablo, lleno de furor, pero a la vez riéndose sarcástico de sus agentes, a los que al fin les dice burlón:

- *Llevo dos mil años trabajando con toda mi gente para derribar esta roca, sin conseguir nada. ¿Y quieren ahora tumbarla unos pobres hombrecillos?...*

Esto nos lleva a nosotros a mirar la Iglesia como dotada por Jesucristo de una vida inmortal.

Mueren sus hijos, como los demás hombres, pero su muerte es un abrir los ojos a la luz indeficiente de la gloria. En este sentido, ni los cristianos mueren, porque no hacen otra cosa que cambiar de vida, de una mortal a otra inmortal.

Pero si mueren los cristianos, la Iglesia no muere. Es un pueblo y una familia de Dios, afirmada en una institución concebida y fundada por Jesucristo, que tiene asegurada la existencia hasta el final del mundo.

En el mundo se suceden guerras, destrucciones, movimientos, migraciones, catástrofes materiales de la tierra como terremotos y ciclones, todo lo cual hace que cambien los pueblos y desaparezcan unos imperios para dar lugar a otros nuevos... Aparecen y desaparecen igualmente las culturas, las religiones, las lenguas, las expresiones del arte...

Algunos de estos hechos, de uno y otro orden, tendrán una vida más o menos larga, pero todos están llamados a morir para dar lugar a otros nuevos.

Eso ha sido, es y seguirá siendo la historia del mundo. Únicamente la Iglesia puede decir ya desde ahora que, entre las ruinas que se sucedan en el mundo, ella no pasará.

En una ciudad del sur de Italia obligaron a cerrar una iglesia porque amenazaba ruina según todos los expertos. Llega el terrible terremoto que destruyó por completo la ciudad, y el único edificio que quedaba en pie era la iglesia aquella sentenciada por los ingenieros responsables (Messina, 1908).

Un escritor comentaba después: *-Esa iglesita es la Iglesia de Jesucristo. Dejen que se hunda el mundo; la Iglesia permanecerá.*

¿Por qué podemos decir esto? No se trata de vanidad pueril por lo nuestro ni por desprecio de lo que tienen los otros. Sino que ante las realidades humanas, la Iglesia tiene la palabra de Jesucristo, su Fundador, el cual le asegura una vida que seguirá intacta hasta el final de los siglos.

Más todavía: en que acabe el mundo —y por la palabra de Jesucristo sabemos que acabará, independiente de lo que nos dice también la ciencia—, la Iglesia perdurará siempre en la gloria de Dios.

¿En qué puntos del Evangelio nos asegura Jesucristo esta supervivencia de la Iglesia? Se deduce de muchas palabras suyas. Pero, tomamos algunos ejemplos.

A Pedro le dice: *-Sobre ti, Pedro, Roca, edifico mi Iglesia, y las fuerzas del infierno no podrán contra ella* (Mateo 16,18).

Antes de irse al Cielo en la Ascensión, les asegura a los apóstoles: *-Yo estaré con vosotros hasta el final de los siglos* (Mateo 28,20).

Y Pablo, hablando de la Eucaristía, pide que repitan el gesto del Señor *“hasta que él vuelva”*, es decir, hasta el fin del mundo (1Corintios 11,26)

Ante esta verdad incuestionable de la permanencia indefinida de la Iglesia, ¿cuál es la actitud del cristiano? Es natural que se sienta tranquilo por demás. Sabe que la Iglesia, su Madre la Iglesia Católica, no pasará, no será vencida, y, por lo mismo, continúa siempre firme en su fe.

Muchas veces se dice que Satanás está empeñado en acabar con la Iglesia. Sin embargo, se ha dicho —y hemos de pensar que muy acertadamente— que el demonio no es tan tonto. Sabe que no podrá destruir la Iglesia.

Entonces, ¿a qué se reduce su táctica? Su odio contra Dios y su envidia contra nosotros, le llevan a Satanás no al imposible de querer destruir la Iglesia, sino a arrebatarse a la Iglesia todas las almas posibles para llevárselas a su misma condenación.

Y esto hace reflexionar. Desde el momento que Satanás no puede nada contra la Iglesia, la táctica del cristiano es permanecer fiel hasta el fin en el seno de su Iglesia.

Es una realidad hermosa y una seguridad total el peregrinar siempre dentro de las files interminables del Pueblo de Dios, que marcha a su destino cantando con vigor y con entusiasmo:

- Todos unidos, formando un solo cuerpo... Somos en la tierra semilla de otro Reino..., ¡Iglesia peregrina de Dios!...

En esa unión, en esa fe, en esa gracia está la fuerza de la perseverancia. Los que no pueden con la roca, tampoco pueden contra ninguno que está asentado firme en la roca y pone en ella toda su fuerza...